

Una Interpretación Cristiana de la Historia

Líneas teológico-pastorales del Documento de Consulta para Puebla

Maximino Arias Reyero, Pbro.

Profesor de Teología de la Universidad Católica de Chile

1. Introducción

La realidad se abre a nuestra comprensión a través de esquemas. La historia de la humanidad es la historia de la comprensión y de la recta relación, entre realidad y sistemas, ser e interpretación. No se puede hacer caso omiso de sistemas de pensamiento para intentar acercarse a la pura realidad, sin abocarse a una esterilidad inconexa, mantenida subterfugiamente por un sistema tanto más peligroso cuanto menos consciente. A su vez, intentar mantener a la fuerza un sistema interpretativo de la historia, cuando ésta no llega a ser tocada en su centro o cuando no la logra alcanzar en su ser movable, es un vano intento y una lastimosa pérdida de energías.

Todo proyecto importante debe conjugar ordenadamente la constatación acertada de hechos reales con una justa interpretación. Esta no puede recoger en su síntesis sólo un aspecto de la realidad histórica, sino abarcar todos los existentes y reflejarlos según su importancia y jerarquía. Debe dar cuenta de lo que la realidad es y de cómo funciona, sin olvidar la comprensión de cómo ha llegado a ser lo que es y de cómo será más adelante, en el futuro. Todo verdadero proyecto lleva implicada una visión histórica.

Esta es la perspectiva que llena conscientemente el Documento de Consulta de la III Conferencia. Procura "desarrollar en forma sistemática" (14) los puntos más relevantes de la historia latinoamericana, ya sean éstos sociales, económicos, políticos, culturales, religiosos, a nivel nacional, continental y mundial, investigando sus causas y tendencias (cf 18) "para ubicar la misión evangelizadora (de la Iglesia Católica) en su perspectiva histórica; en lo que ha sido, es y debe ser la presencia evangelizadora de la Iglesia" (15). Con esta constatación, no pretendemos "defender" el Documento de Reflexión, como si no se vieran los límites y vacíos que tiene, sino destacar cuál haya sido su más genial intuición.

Tanto como en el fiel retrato de los múltiples aspectos particulares, se trata de insistir en sus relaciones recíprocas y de comprenderlos dentro de una visión unitaria. El Documento de Reflexión y Consulta desea comprender la historia desde una perspectiva cristiana, o lo que es lo mismo, contiene una interpretación cristiana de la historia. Una vez que el ejercicio del pensar teológico ha alcanzado en América Latina una cierta madurez y amplitud, después de haberse dedicado con energía a ensayar líneas de acción concretas (cf 605-606), la Iglesia y la Teología en América Latina se ve urgida a esta nueva realización (cf 607). Conformarse con menos sería abandonarse a otras interpretaciones de la historia y desperdiciar los impulsos y esfuerzos de los últimos años.

El cristianismo no es, en primer lugar, una interpretación de la historia; pero también lo es. El cristianismo es inseparable de la relación Antiguo-Nuevo Testamento, y se ha formado y formulado, desde sus mismos orígenes, en términos históricos (pueblo, persona, mundo, juicio, etc.). De entre los pensamientos antiguos es el único que continúa vigente y mantiene el arco histórico en plena tensión: se pregunta y da razón del pasado y del futuro. El *hoy* del creyente cristiano está esencialmente determinado por la fe en la creación y en el Juicio Final. Los otros pensamientos que fueron significativos en el pasado se han ido desentendiendo o no dando adecuada interpretación al pasado o al futuro.

Es frente a sistemas modernos, que se han derivado del mismo cristianismo, ante quienes la Iglesia debe defender su verdad.

Pues bien, este Documento preparatorio de consulta da a conocer que la Teología católica en América Latina está en situación de ofrecer una interpretación cristiana de la historia que justifique hoy en día la razón de ser cristianos y la historia del cristianismo. Al mismo tiempo pretende hacer consciente y actuante la presencia de la Iglesia en la historia de los pueblos, e iluminar y configurar su futuro.

La "nueva" interpretación no se hace, en manera alguna, de espaldas a la auténtica tradición católica; pero tiene la renovada voluntad y el deseo firme de sacar del cansancio y apatía, como de la intranquilidad y desasosiego, a unas u otras líneas del pensar teológico, para situarlas con alegría y optimismo, con respeto y amplitud ante esas dimensiones inherentes a toda visión católica: presencia, universalidad y unidad.

Algo resalta inmediatamente en el Documento: además del tono respetuoso y positivo con que trata todas las cuestiones, el sentido evangelizador que mantiene. En él no se nota, a pesar de los graves y difíciles problemas que trata, un tinte temeroso o angustioso; todo él está lleno de un espíritu de gozosa evangelización, de anuncio alegre, de esperanza cristiana(27).

2. La "realidad" latinoamericana

a) *La situación global.* La situación global determinante latinoamericana se diferencia de la europea en cuanto que está constituída por una dimensión de más (cf 199-203; 243). Lo determinante en la situación europea es el conflicto llamado occidente-oriente. La realidad militar, la política y, sin duda alguna, la económica están determinadas por este conflicto. La ideología y la política dependen y se ordenan a solucionar las "tensiones" que se manifiestan a causa de la situación de hecho. La "distensión" es la palabra que refleja el quehacer del mundo occidental'. Los contrastes parecen ir disminuyendo, pero permanece la misma situación de fondo.

Además de este conflicto, cruza a Latinoamérica otro: el llamado Norte-Sur. Se trata de "tensiones" fundamentalmente económicas y culturales; se trata de la "dependencia", la "explotación" o el "subdesarrollo", así como la

¹ Cfr. Agostino Casaroli, "La Santa Sede entre tensiones y distensión", en *L'Osservatore Romano*, (Edición semanal en lengua española), X (15/484): 5-7 y 8, 9 de abril de 1978; Idem, "La Santa Sede y los problemas de la Europa contemporánea", en *L'Osservatore Romano*, X (20/489): 9-10, la de mayo de 1978.

introducción de formas culturales de otras latitudes que no son conocidas en Europa.

Parece que ambos "conflictos" dicen una relación inversa, es decir, que la solución de uno, no atenúa las tensiones del otro. El ejemplo clásico: mayor "justicia social" en Europa significa mayor dependencia y pobreza en otros países. Lo cierto es que, aunque esta relación no se produjera tan automáticamente, aquel Continente está en otra situación.

Sin embargo, lo más relevante no son los "conflictos", sino el futuro que se está inaugurando. Por sobre las tensiones existentes hay una voluntad de los pueblos, cada día más clara y palpable de ser ellos mismos. Esto es lo que significa la emergencia del Tercer Mundo, es decir la *constitución* de naciones con autonomía propia y con sentido propio.

b) *La situación económica.* Se ha aprendido a interpretar la situación económica, la pobreza y el subdesarrollo a base de esquemas ofrecidos por Oriente y Occidente, por la imposición del Norte o por la rebeldía del Sur. Frente a la situación europea se dan sobre todo las siguientes diferencias:

—Las brechas entre diversas clases sociales dentro de las mismas naciones latinoamericanas es inmensamente mayor que en Europa, y continúa en aumento. También aumenta la diferencia entre los países latinoamericanos y los desarrollados.

—Las políticas de Occidente y Oriente, estando orientadas por esquemas de abundancia, necesariamente oprimen a otros países. El esquema de desarrollo debería ser cambiado, si se quiere hacer justicia a otros pueblos: el esquema final es el de la escasez de recursos y a la medida en el consumo.

Es decir, que comienza a aparecer una nueva medida de la riqueza o pobreza que no está determinada por las relaciones entre países, sino en referencia a un dato absoluto: los medios existentes deben ser medidos; la austeridad es la nueva medida.

c) *Las formas de gobierno.* En América Latina están determinadas no sólo por el primero y segundo conflictos, sino por la situación propia que están teniendo estos países: Los "utopismos" existentes e incluso los gobiernos constituidos tienen necesidad de recurrir a otros esquemas que los europeos para comprender su acción: son más nacionalistas (por darse en naciones que necesitan mantener la unidad), liberacionistas (con tensiones hacia afuera), tercermundistas. Deben afirmarse frente a Oriente y a Occidente.

d) *Sistemas de pensamiento filosófico-social.* Los sistemas filosófico-sociales dependientes de un capitalismo liberal se desarrollan sobre concepción *individualista*; los dependientes del socialismo materialista, sobre una *colectivista*. Estas dos concepciones aglutinan a su alrededor diversas líneas de pensamiento y filosofías.

La superación de estos dos sistemas o filosofías se están intentando en el primer y segundo mundo; pero los nuevos intentos no tienen peso social significativo. Los intentos humanistas terminan en la apatía, duda o desgana; los cristianos, lanzados ahora a la creación de un nuevo sujeto y a superar la anunciada desintegración del hombre, no consiguen tener gran importancia. Sin embargo se adivina y se desea la caducidad de ambos sistemas, que no dan respuestas acertadas. Quizás la razón de esta superación sea —como J. B.

Metz apunta²— porque tanto el individualismo liberal como el colectivismo socialista trabajan con un mismo e idéntico esquema evolutivo. Por esto mismo ambas opciones dejan en silencio una parte importante del hombre y de la historia.

En América Latina se ofrecen cada vez más insistentemente alternativas que, aunque no siempre terminan bien ni frecuentemente comienzan con la realidad, son más "reales" y menos "académicas" que las ofrecidas en Europa: se trata de caminar por una vía de reformas, apoyándose en la ayuda externa; o de una vía revolucionaria que se basa en la teoría de la dependencia. Si en la primera se intenta superar las dificultades, avanzando paulatinamente en varios frentes (culturales, participación, desarrollo, etc.), con la segunda se pretende que tuviera lugar una alianza de las clases sociales más significativas contra la dependencia externa. La teoría y la acción se complicó en demasía al descubrir y oponer las clases existentes dentro de una misma nación, con la aplicación del análisis marxista³.

En los últimos tiempos aparece otra tendencia: se desea consolidar primeramente la situación interna de la nación, mediante acciones con amplia base popular, y recabar, al mismo tiempo, la ayuda internacional, mediante acciones igualmente populares. La construcción del futuro estaría mediatizada por una democratización y socialización interna, reclamada por el pueblo mayoritariamente, y por una acción internacional que apoye este proceso y evite las injusticias.

e) *Las líneas teológicas.* Las teologías que se hacen en América Latina, como las que se hacen en Europa, están "situadas". La situación cuando la teología es verdaderamente teología, no afecta tan esencialmente como para que no sea aplicable a todo otro lugar; pero incluso así se diferencian las teologías por sus talentos propios, por sus métodos, etc. Para aclarar el panorama teológico creo que es conveniente distinguir tres líneas fundamentales.

—Las teologías que se hacen con un signo "liberal", "individualista" no creo que están superadas. Se trata de una reacción frente a la forma cerrada y escolástica de hacer teología, que ha sido fuertemente influenciada por el fenómeno de la secularización y por la teología y exégesis protestante. Sus rasgos característicos: separación de fe y religión, crítica a la institución eclesial o escolar, racionalizar la fe para que acompañe al progreso social, democratización y suavización de los dogmas, desaparición del simbolismo religioso, etc.

Por una extraña coincidencia ciertas teologías revolucionarias comparten las mismas notas, aunque se orienten hacia otros derroteros políticos.

—Tampoco se puede dar por superada esa forma de hacer teología de grandes grupos de influencia que les parece ser fieles a la tradición católica porque no enjuician directamente la realidad social, económica y política. Se pretende hacer así una teología cerrada sobre sí misma, idéntica a sí misma por la repetición y reproducción de los temas.

—Una tercera orientación comparten, a mi manera de ver, y aunque pueda parecer extraño, las teologías eclesiales renovadas con las teologías

² J. B. Metz, *Glaube in Geschichte und Gesellschaft*, Mainz: Gruenewald 1977, 6s.

³ J. Comblin, *Le pouvoir militaire en Amérique Latine. L'ideologie de la Sécurité Nationale*, París: Delarge, 1977, 76s.

políticas o de la liberación, más lúcidas y equilibradas. Por diferentes caminos, desde luego, ambas teologías mantienen la importancia de la dimensión específicamente cristiana y la incidencia de la fe en la sociedad. Las diferencias entre ellas son todavía claras: mientras una se apoya, para redescubrir la especificidad cristiana en la Doctrina Dogmática de la Iglesia y para redescubrir la incidencia política de la fe en una renovada Doctrina Social de la Iglesia, la otra, queriendo gozar más independencia respecto a la Iglesia, se construye críticamente frente a ella y utiliza análisis sociales más modernos o realiza acciones socio-políticas. El peligro en que puede caer aquella es el de una efectividad e irrelevancia; el de ésta es el de una reinterpretación poco afortunada del cristianismo.

Pues bien, creo que en la actualidad se está viendo superar estas tres líneas teológicas en una nueva forma teológica. Ello es posible porque existe ya hoy en día una real asimilación de los motivos y formas más auténticas de la teología de la liberación; una renovación de la Doctrina Social de la Iglesia y, por sobre estos dos aspectos, porque se ha asumido una dimensión histórica y popular en la teología que no existía anteriormente.

Es decir, que, por una parte, está iniciándose el ocaso de las teologías de signo "individualista-secularista". Estas estaban determinadas por la "privacidad", la pérdida de la tradición, la pérdida de la autoridad y universalidad efectiva⁴, y lo que es también sumamente importante, por la pérdida del símbolo o signo religioso, comunitario. A este mismo ocaso están llegando también ciertas teologías "colectivistas", aunque tomaran otro camino que las primeras. En éstas, la pérdida de la universalidad ocurre, por falta de especificidad; la de la tradición, por que para su construcción se basan sobre un esquema atemporal (evolutivo) de pensamiento; la de la autoridad, por la introducción en la teología de un concepto de democracia de signo político. A la pérdida de signo religioso se llegaba por la sustitución de lo religioso por lo político.

Por otra parte, aquella forma de concebir la teología encerrada en sí misma y sin capacidad para dar respuesta a la novedad que presenta la historia y a los sufrimientos y deseos de los pueblos estaban y están abocadas a la extinción. Y porque están temiendo su eclipse total se apoyan en fuerzas políticas regresivas para mantenerse.

Pues bien, la superación de estas tres realizaciones se intentaba hasta ahora en Europa bien por una teología de signo eclesial y en cuanto que se es consciente de que la Iglesia no se agota en la Teología, sino que es el lugar donde crece; bien por una teología política que cada vez está más cerca de la teología tradicional, aunque se diga crítica y tenga una nomenclatura novedosa. La traducción latinoamericana de esta doble corriente se da en una teología de dimensiones eclesiales-pastorales o por unas teologías de la liberación que pretende hacer presente la dimensión cristiana en la situación político-social, mediante la acción de grupos de cristianos comprometidos.

Pero una nueva orientación surge, que va a ser capaz de aunar los intereses de esta doble corriente sin caer en sus unilateralidades: se trata de una *teología de dimensión histórica y popular* que, al mismo tiempo que descubre

⁴ Cfr. J. B. Metz, Op. Cit., 29-40.

la dimensión cristiana de la historia, y por lo tanto también de la política, descubre la dimensión eclesial y popular del cristianismo.

El Documento preparatorio de la III Conferencia asume los objetivos propuestos por una teología de la liberación (que tenga el signo de Medellín), pero también toda la tradición eclesial teológica y pastoral latinoamericana. Por eso mismo puede descubrirse a sí misma en el pueblo y en la historia de los pueblos del Continente Latinoamericano. A continuación indicaremos cuáles son sus líneas más fundamentales:

3. Interpretación cristiana de la historia

a) *La dimensión social de una lectura cristiana de la historia.* El Documento preparatorio de Puebla se sitúa conscientemente en una perspectiva histórica del continente latinoamericano, pero expresa que en su lectura de la historia depende de los impulsos del Vaticano II, de la *Octogesima Adveniens* y de la *Evangelii Nuntiandi* (231-214). Estos actos del Magisterio significan en sí mismos un progreso. El Vaticano II significó la definitiva superación de una teología cerrada sobre sí misma y la consolidación de una mirada universal y "aggiornamentada". Ciertamente que en una primera época fue contraluzado por las teologías de la secularización. La *Octogesima Adveniens* viene a dar respuesta a inquietudes sociales y a orientar a las teologías que tienen estos problemas como más metidos en la carne. Los impulsos emanados de la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* desean aclarar la verdadera misión de la Iglesia y situarla en el amplio marco de la cultura y las culturas.

América recibió muy fuertemente el impacto del Concilio Vaticano II y lo intentó aplicar a su propia realidad: esto fue Medellín. Dadas las características especiales que tiene América Latina (injusticia y religiosidad profunda) Medellín, en 1968, evitó, en gran parte, la influencia secularizadora con que en Europa leían los Documentos del Vaticano. Fue el inicio de una interpretación que quiere ver la fe presente en las realidades socio-políticas. Esto significó un innegable avance sobre Europa, donde sólo posteriormente comenzará a verse la dimensión política con la teología política que influirá en el post-Medellín.

El impulso que la Iglesia latinoamericana recibe en Medellín quiere ser puesto en práctica. Aquí surgen movimientos e interpretaciones que continuamente se intentan encauzar y orientar con observaciones y realizaciones de la Iglesia jerárquica. La *Octogesima Adveniens* llega en ayuda de esta tarea: redescubre los límites y ambigüedades del capitalismo liberalista y los peligros y errores de las doctrinas colectivistas-marxistas. Ahora parece haber llegado la ocasión de proponer una Doctrina Social Cristiana de nuevo cuño. Esta fue la tarea de la Iglesia en los últimos años. Pero un nuevo Documento viene en ayuda de la puesta en práctica de Medellín y que en América Latina va a tener una resonancia extraordinaria no sólo por la importancia que tiene en sí la *Evangelii Nuntiandi*, sino porque parece apoyar y continuar un camino que se iba abriendo en aquella Iglesia: el descubrimiento de la misión propia de la Iglesia, la Evangelización; la importancia de la historia evangelizadora; la dimensión popular de la evangelización y, sobre todo, la importancia de las culturas y de la cultura. Con todo ello se da el marco definitivo desde el cual se puede abarcar todo conjuntamente: la presencia del cristianismo en el mun-

do, la lucha por la justicia, la realización de un orden nuevo, la construcción de una nueva civilización.

La dimensión histórica del Documento de reflexión teológico pastoral es constatable a primera vista y un gran acierto que merece felicitaciones⁵. El marco en que se mueve es el de la historia concreta, el del proceso histórico de la cultura latinoamericana (30; 342). Por eso mismo, aunque se detenga con mayor minuciosidad en un presente, que parece abarcar sobre todo los últimos diez años (desde Medellín hasta Puebla) recuerda los orígenes y adelanta el futuro que se aproxima. Pero el Documento no desea ser solamente una exposición histórica sino una "evaluación del proceso histórico y de la presencia y de la acción de la Iglesia en él" (324).

La presencia del Evangelio y de la Iglesia están marcando y determinando el nacimiento de los pueblos de América Latina. Una nueva cultura surge en la que la Evangelización está enraizada. Este nacimiento tiene luces y sombras; pero, a pesar de la sombra, la semilla evangélica permanece (56). Esta semilla aculturizada no se extingue cuando cambian las circunstancias históricas.

En el segundo nacimiento de los países latinoamericanos, en la Independencia y su postrer consolidación, está presente la Iglesia en una nueva dimensión: Roma se constituye el nuevo centro de referencia dando apoyo a los países independientes con la consolidación de sus Iglesias. Pero a partir de este tiempo se producirá una doble división: la política, con la separación del Estado de la Iglesia, y la cultural, introducida por los grupos ilustrados que se separan del pueblo. A esta doble división, al paso de los años, se añade la que surge sensiblemente y a causa de los cambios debidos a la industrialización de obreros, trabajadores y clases burguesas (capital e incluso clases medias). Aquí se comienza a dar inicialmente, aunque sin gran agarre, la interpretación materialista de la historia. La actual situación de América Latina está determinada tanto por la primera (de signo racionalista y a-religioso) como por la posterior (de signo materialista y antirreligioso) Ilustración. En la época que vivimos, cuando se hacen progresos enormes y cambios significativos, la presencia de la Iglesia y su acción parece tener estos dialogantes: Estado, liberalismo, socialismo, el pueblo. Liberalismo y marxismo parecen atraer importantes contingentes de creyentes hacia ellos; y el intento de asimilación realizado por los cristianos conduce no raramente a su absorción. Por ello se necesita evaluar de nuevo el modo de ser y de obrar de la Iglesia, para lograr que sea eficaz en el mantenimiento de su identidad.

Ahora bien, el futuro se está anunciando, y una Iglesia que quiera estar situada históricamente debe intuir y gestar este futuro. La nueva civilización que se anuncia será técnica e industrial en lo económico, urbana en lo social, democrática y participativa en lo político, solidaria en lo continental. ¿Cómo ha de estar presente el cristianismo y la Iglesia en esta nueva civilización, en esta nueva constitución de los Pueblos de América Latina? Desde luego que se puede afirmar que no estará en el futuro si no está preparando el paso hacia él, si no se hace presente en el paso del presente al futuro. Pero al no hacerlo, ¿no estaría negando su continuidad histórica? ¿no negaría así su identidad? ¿Cómo, pues, estar presente en el proceso al futuro y en el futuro?

⁵ Cfr. A. Gaete, "La tarea de Puebla: evangelizar un continente y una cultura", en *Mensaje*, 27 (267) 119-125, marzo-abril 1978.

La lectura histórica que el Documento realiza no es como la que estamos acostumbrados a leer. Se hace desde los pueblos (y desde el Pueblo). Por eso mismo se hace teniendo en cuenta la cultura popular latinoamericana, esta cultura que mantiene una conciencia totalizadora y orgánica, que no disocia lo divino de lo humano, lo trascendente de su activa immanencia en el mundo (370-371). También quiere ser una lectura práctica y activa.

Estamos acostumbrados a leer las historias que han sido escritas por una clase cultivada, ilustrada; ahora se debe realizar teniendo más en cuenta la dimensión del pueblo. Esto implica un esfuerzo. Las características *más resaltables de los pueblos latinoamericanos son su unidad, su pobreza y su sentido religioso*. La unidad es una nota esencial para constituirse como pueblo, el número de los pobres es lo diferenciativo frente a otros continentes, la religiosidad lo constante. Una lectura histórica no puede dejar de ver estos tres aspectos y por lo tanto ha de ser hecha desde esta perspectiva unitaria, pobre y religiosa. El pueblo, que es uno y pobre, sabe lo que necesita. Por esto mismo condena, a su manera, las diferencias injustas, las divisiones que atentan contra la unidad, las intromisiones extranjeras, los gastos superfluos y las ideologías antirreligiosas. Supuesto que esté rectamente informado y orientado en sus juicios por una fe cristiana auténtica, una fe cristiana que tenga al pueblo como centro de su tarea, encontrará además caminos concretos de acción para alcanzar sus justos deseos y para evitar la infidelidad a su pasada historia. Cuando existe un desajuste entre fe cristiana y sentido del pueblo es cuando el pueblo corre el peligro de perder su identidad, su ser. Es cuando se corre el peligro de que el futuro sea un añadido inconexo.

Por lo mismo la Iglesia latinoamericana debe estar presente en el paso que los pueblos latinoamericanos están dando hacia su futuro. La Iglesia debe aportar lo suyo en este éxodo, en este tránsito. Pues si el presente está bajo el signo de pobreza y deficiencias se anuncian las nuevas condiciones para una nueva sociedad. Si el presente de América Latina está marcado por un crecimiento demográfico significativo, por el término de la civilización de signo agrario, por la injusta repartición de medios, trabajos, responsabilidades y poderes, por la influencia extranjera y por otras profundas irregularidades [venalidad, corrupción, inmoralidad (196)] la sociedad del futuro deberá superar estas deficiencias mediante una mejor distribución y participación en todo orden, es decir, con una industrialización y tecnificación controlada, una urbanización racional, una democratización que haga a todos los hombres realmente partícipes de la suerte de su nación y con una activa y digna presencia en el concierto de las naciones.

Aquí aparece la dimensión socio-política de la Iglesia y del cristianismo; dimensión social que arranca desde el centro de su Doctrina, "enraizada en lo más profundo de la revelación del misterio de Dios y del hombre" (747). En la situación actual la doctrina social de la Iglesia ve tres metas a alcanzar: la comunidad de bienes, la participación en la vida política sin discriminaciones y la calidad de vida. En dos palabras: comunión y participación.

b) La dimensión teológica de la lectura cristiana de la historia. La Evangelización que realiza la Iglesia no se agota en la Doctrina Social. Al contrario, la Doctrina Social es un producto de varios factores, entre los que el más fundamental es la experiencia de la fe en Jesucristo, la revelación divina. Esta es la dimensión teológica de la historia. Esta dimensión no puede ser sino Trinitaria

y ha sido presentada alrededor del símbolo de la fe. La fe en Dios Trino, que en su economía está presente en la historia, forma el núcleo, el corazón sobre el que se estructura la fe y la evangelización cristianas. Pero es necesario hacer un esfuerzo para comprender la Trinidad católicamente: el Padre no es el Dios lejano o pasivo que sufre los avatares de la historia: es el que la conduce señorialmente; el Hijo es la causa eficiente de la salvación y transformación de la historia; el Espíritu Santo actúa y vivifica la Iglesia.

1) El primer grupo de reflexiones se mueve alrededor de la afirmación categórica de que Dios interviene en nuestra historia. No se afirma solamente que la historia se hace por el hombre ante Dios o en la presencia de Dios. Se dice más: Dios está activo y sobrenaturalmente presente en nuestra historia; el mundo no es impermeable a la acción divina; Dios ilumina la razón del hombre y dinamiza su voluntad, también en nuestro hoy. En esta afirmación está implícita tanto la fe en la creación, como sobre todo en la providencia, como en el juicio. Lo que en los últimos años se ha dicho sobre los "signos de los tiempos" no es sino el aspecto objetivo de la Providencia Divina. El hombre dará cuenta a Dios de su acción en esta historia y recibirá premio o castigo. El último fin del hombre es "ver al Señor y ser reconocido por El", es el reposo final de la inteligencia y del corazón en la Verdad y el Bien" (463; 472). Pero el fin del hombre puede ser de perdición.

Las consecuencias que se siguen a esta confesión de fe son evidentes: una interpretación de la historia humana en la que no aparezca Dios, no ya como fin trascendente, sino como un factor vivo y actuante, no puede responder a las necesidades de los pueblos de América Latina. Todo secularismo, todo vivir como si Dios no existiera, toda reducción antropológica se mostrará tarde o temprano como insuficiente. Lo positivo que ha aportado un pensamiento científico racional es mucho. Lo que ha aportado la teología de la secularización se podría resumir en la palabra "desacralización". Pero falta a ambos pensamientos aportar la mejor parte: este mundo, esta historia está al servicio del hombre, de todo hombre y dice necesariamente una referencia a Dios; el mundo es un símbolo y figura que manifiesta la presencia de Dios en él. De aquí que es posible la dimensión religioso-simbólica de la Religiosidad Popular que anima los pueblos latinoamericanos.

2) La "forma" de la historia ha sido dada eficaz y eficientemente en Jesucristo. En El aparece la plena revelación y la última trasposición de la humanidad: superación de la muerte, recepción del perdón, la novedad del amor. Esta revelación se da en sus mismas acciones y palabras humanas. Destaca su entrega al pueblo de Israel y con la pretensión de salvar a todo el pueblo. Se recalca que la humanidad recibe todo esto mediante la inserción en el único, histórico y eterno acto de Jesucristo. No es Jesús un maestro o un modelo; es la causa eficiente y formal de la transformación de la historia, que de por sí no tendría fuerzas para alcanzar lo que se le ofrece. Por eso se insiste en la Persona de Jesucristo, en la presencia de la Segunda Persona de la Trinidad y no se desea reducir el cristianismo a un mensaje o enseñanza, como no se desea verlo reducido a una dimensión limitada de la existencia. Dedicarse a hacer una cristología conflictiva, además de no ser real ni de acuerdo con la fe, es atentar tanto contra la unidad de la Iglesia como contra la unidad de los Pueblos latinoamericanos.

3) Lo que en Jesucristo se ha realizado está presente en la historia por intermedio del Espíritu Santo. En la Iglesia, fundada por Jesucristo se manifiesta la presencia dinámica del Espíritu Santo. Pero esta presencia se encuentra en la "forma" del *pueblo*. Como tal tiene unas notas propias: santidad, unidad, jerarquía, universalidad, es peregrino y celebrante. Teniendo esto en cuenta el cristiano y el teólogo deben tener, tanto frente a la misma Iglesia como hacia fuera de ella, unos ciertos criterios: vivir y actuar como perteneciente a este pueblo.

Este Pueblo de Dios, que tiene un ser trascendente a la historia (por cuanto su dinamismo interno es el Espíritu Santo) e inmanente (por cuanto es perceptible y organizado socialmente), se hace presente en el concierto de las Naciones seculares a través de múltiples actos para transformar desde dentro toda la humanidad. La Evangelización tiende a la transformación de los pueblos. Para ello tendrá que orientarse a la cultura y hacer de ella una cultura cristiana, en el sentido de que ha de quedar determinada por valores específicamente cristianos y evangélicos. La Evangelización se orienta a toda cultura; pero de una manera especial tiene en cuenta a los pobres.

Las consecuencias prácticas de esta teología de la historia se advierten en la última parte del Documento de reflexión. Pero ha de tenerse algo muy importante en cuenta: cada campo pastoral goza de su independencia; la teología, sea cual sea, no puede ser tan determinativa de la Iglesia y de su acción como para determinar todo su ser y acción. Aquí surge una divergencia muy rica y sugerente: toda teología tiene un límite.